

CÓMO CONOCER A LOS FARISEOS ACTUALES

El mundo moteja hoy de estúpidos a los virtuosos. Y hasta a los abnegadamente sacrificados. E incluso a los heroicamente santos. Ahora bien, cuando las obras de los elegidos presentan sorprendente excelcitud, sus denigradores cambian de táctica: entonces insinúan poderes demoníacos; al igual que cuando Jesús liberaba a los posesos, mientras los fariseos atribuían tales asombrosos milagros al poder de Belial (Mc. 3,22; Mt. 9,34 y 12,24).

Reflexionemos sobre todo esto. Porque el fariseísmo no es algo de ayer, sino de todos los tiempos. Y de todas las épocas son también sus dos manifestaciones primordiales: la hiper crítica y la hipocresía. Por un lado, están los fariseos-censuradores, los que hallan presuntas manchas hasta en los brocados más esplendentes. Por otra parte, nunca faltan los fariseos-fingidores, siempre dispuestos a aparentar alarmas ante todo lo elogiabile.

Los Santos Evangelios han señalado, mediante dos exactos conceptos, las ocultas raíces de este doble fariseísmo. Y el recordar las palabras del Espíritu Santo, ofrecerá sin duda el mejor medio para desenmascarar a los tortuosos fariseos, que en la actualidad forman legión.

Primeramente, la fuente de la hiper crítica farisaica puede concretarse en la *dureza de corazón*: esto es, en lo que los evangelistas denominan, si los traducimos literalmente, *esclerocardia* (*σκληροκαρδία*: Mc. 16,14 y Mt. 19,8). Esta esclerocardia acarrea un doble efecto, también señalado en los sinópticos: la ceguera de corazón («caecitas cordis»: Mc. 3,5) y la lentitud de corazón («tardi corde»: Lc. 24,25). El conjunto de todo ello constituye algo que podría reputarse como lo antitético de —si se permite la expresión— la taquicardia espiritual, siempre inquieta por vibrar al son de los ideales más elevados. Y el único medio eficaz para eludir tal esclerocardia, es propugnar la unión de la sensatez con la cordura, hoy lamentablemente divorciadas: pues si es cierto que interesa al ser humano la nor-

malidad cognoscitiva, el dominio de las fuentes sensoriales del saber, la sensatez... no lo es menos que también le incumbe, en grado igual o mayor, conseguir la normalidad afectiva, el control de los resortes cordiales de sus sentimientos, la cordura.

Paralelamente, el hontanar del fariseísmo hipócrita se encarna en la inmoderada ansia de lucimiento, tan sabiamente ridiculizada por los evangelistas, cuando diseñan al fariseo como afanoso por ocupar siempre las *primeras cátedras* (πρωτοκαθηδρίας: Lc. 11,43 y 2,46; Mc. 12,38; Mt. 23,6): a la vista de tales ironías, cabe acuñar un neologismo más —hoy que tantos se estructuran sin necesidad conceptual y por mero snobismo—, y decir que el *protocatedrismo* es uno de los exponentes más relevantes de lo farisaico. Este protocatedrismo —o actuación desde «cátedras de taimería», según dirían nuestros clásicos— es lo que infecundiza vacuamente muchas realizaciones: ora las que debieran rendir frutos hermosos o buenos («fructum bonum», καρπὸν καλόν : Mt. 3,10), ora las que hubieran de ofrecer, cuando menos, frutos valiosos o dignos («fructum dignum», καρπὸν ἄξιον : Mt. 3,8).

Con lo anterior, se ha expuesto lo suficiente para desenmascarar a todo fariseo. Mas ello no basta. Es preciso precaerse para no incurrir, nosotros tampoco, durante ninguna contingencia, en fariseísmo. Los medios oportunos han sido ya indicados: ni hipocresía ni hiper crítica; ni protocatedrismo ni esclerocardia. O lo que es lo mismo: en todo momento, caridad cristiana.

AUGUSTO CERVERA.